

pación constantes de todos los urbanistas y de todos los arquitectos de diversos lugares del mundo habrían de encauzarse al través de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna. Los principios de solución concretarían en la Carta de Atenas. En ella, se tratan, en forma de generalidades, las conexiones entre la ciudad y su región; en forma crítica y con orientación meliorativa, el estado de las ciudades en cuanto a habitación, recreación, trabajo, circulación, patrimonio histórico; desde un punto de vista doctrinario, algunas conclusiones.

Los capítulos siguientes de la obra de García Ramos, en buena parte, son un desarrollo del articulado constitutivo de la Carta de Atenas. Ojearlos simplemente, leerlos detenidamente, son dos tareas que parece debe imponerse el sociólogo urbanista. Puede encontrar en ellos muchos puntos de convergencia con su información sociológica, pero, asimismo, puede encontrar en esas páginas muchas enseñanzas que podrían ser un enorme auxilio para el desarrollo de sus investigaciones y sus estudios. El simple conocimiento de la simbología convencionalmente aceptada por la Secretaría del Patrimonio Nacional, de México, ¿no podría descargarle de enorme peso en la recolección de algunos de los datos que podrían interesarle en el estudio de una ciudad desde el ángulo sociológico? Creemos que apenas si puede dudarse de ello.

Un libro bello y un libro útil por el que hay que felicitar al Arquitecto Domingo García Ramos y por el que hemos de felicitarnos más especialmente quienes quizá en algún momento hayamos de beneficiarnos enormemente de su contenido. Una demostración más de que los maestros universitarios de México reconocen su responsabilidad en cuanto a elaborar libros de texto accesibles para sus alumnos, pero, asimismo, la que les corresponde en cuanto a posibilitar las futuras tareas interdisciplinarias de enseñanza e investigación que la Universidad de Mé-

xico del cercano futuro habrá de considerar como ineludibles.

ROBSON, William A. (Ed.): *Great Cities of the World. Their Government, Politics and Planning.* The Macmillan Company. New York, 1955, pp. 693.

Bien conocido por obras como "El Desarrollo del Gobierno Local" y "El Gobierno y Desgobierno de Londres", Robson se ha ocupado de editar esta obra que trata de mostrar cuál es el gobierno, cuál la política y cuál la planeación de un grupo selecto de ciudades de Europa, América, Asia y Australia, entre las que se cuentan: Amsterdam (estudiada por Wildschut), Bombay y Calcutta (por Venkataranaiya), Buenos Aires (por Bielsa), Chicago (por Walker), Copenhague (por Holm), Londres (por el propio Robson), Los Ángeles (por Crouch y McHenry), Manchester (por Lady Shena Simon), Montreal y Toronto (por Callard), Moscú (por Simon y Hookham), Nueva York (por Tgwel), París (por Chapman), Río de Janeiro (por José Arthur Ríos), Roma (por Chiarelli), Estocolmo (por Heckscher y Holm), Sydney (por Bland), Wellington (por Brookes), Zürich (por Imboden). Al editar este conjunto de monografías sobre ciudades tan diversas e interesantes, Robson trata de ver hasta qué grado la gran ciudad produce problemas de importancia más o menos general. Y al hablar de "grandes ciudades" lo hace con la conciencia plena de la relatividad del término. No se trata de grandes ciudades en términos absolutos, sino de ciudades grandes en relación con la extensión o la población del país al que corresponden. Por lo cual no puede extrañar que entre ellas se encuentre Wellington, con sólo 120,064 habitantes, ya que corresponde a un territorio como el de Australia que se encuentra muy poco densamente poblado, o Zürich que

apenas si tiene 36 millas cuadradas (frente a 453 de Los Angeles) pero que corresponde a un territorio como Suiza de muy pequeña extensión.

Robson señala que la gran ciudad es un fenómeno moderno, pues si bien los hombres han vivido en poblados durante miles de años no ha sido sino hasta recientemente cuando ha aparecido la gran ciudad, en buena parte como consecuencia del incremento de las vías y vehículos de comunicación. En este sentido considera que "el ferrocarril, el automóvil, el barco de carga movido por vapor y aceite son los verdaderos fundadores y mantenedores de la gran ciudad moderna".

No existe —como no podría existir en relación con la diversidad de condiciones sociales— una definición generalizada y simple de lo que es una gran ciudad. Las dimensiones que habría que considerar para definir la gran ciudad tendrían que ser múltiples y, por otra parte, tendrían que expresarse frecuentemente como números relativos. El tamaño es sólo una de dichas dimensiones, pues a ello hay que agregar, entre otras cosas (a más de el volumen demográfico), la importancia económica y la eminencia cultural. Prácticamente no puede hablarse de una gran ciudad si la misma no tiene preeminencia económica; sin ésta podrá haber un gran poblado, un pueblo grande, pero no una ciudad. Y sin eminencia cultural, podrá existir una ciudad grande, pero no podrá hablarse de una gran ciudad.

Pero, si es característica de la gran ciudad su volumen demográfico, su preeminencia económica, su primacía cultural, todo esto ¿no tendrá repercusiones en otros sectores de la vida social? Particularmente, no repercutirá hondamente en el campo político. Reflexiónese aisladamente en el impacto que puede tener, aisladamente, una gran concentración humana: las revoluciones, por ejemplo, aunque hayan tenido que apoyarse más o menos tarde, más o menos pronto, en las masas campesinas ¿no parece que brotan

del seno de las grandes aglomeraciones urbanas? ¿no parecen ser las ciudades las catalizadoras de un descontento más o menos generalizado de la sociedad? Reflexiónese también en lo que significa la preeminencia económica de una ciudad para una región determinada, en los atractivos que, en cuanto fuente enriquecida de trabajo tiene para los habitantes de las regiones circunvecinas. Y piénsese también en la mayor inquietud política de los habitantes de una ciudad a la que llegan todas las incitaciones ideológicas en forma mucho más directa que a otros sitios, en la que, además, la mayor frecuencia y multiplicidad de los contactos, propicia la discusión, el choque de las ideologías y también —si todo se encausa debidamente— la posibilidad de salvar pacíficamente esos conflictos gracias al aprendizaje de las condiciones de un debate fructífero.

Según el Profesor Cakenzie, a quien cita Robson, el dominio potencial de la gran ciudad sobre la política nacional es uno de aquellos problemas que requiere urgente el que se le tome en consideración. Pero, el propio Mackenzie señala que si bien el dominio de la gran ciudad ha sido aceptado como marca distintiva de los modos occidentales de vida (difundido gracias a la historia expandente de la cultura occidental), el problema político implícito se ha ignorado, a pesar de lo urgente que es plantearlo adecuadamente y tratar de resolverlo.

La gran ciudad no tiene que ser la capital de un país. Incluso se dan casos en los cuales la capital es más pequeña o menos densamente poblada que otras grandes ciudades que, de este modo, sin concentrar en sí mismas la maquinaria administrativa del Estado son nódulos potenciales de la acción política. Areas de este tipo han aparecido ya en todas partes del mundo pues, como el propio Robson indica "se encuentran ciudades metropolitanas en Occidente y Oriente; en todos los continentes; en los países des-

arrollados y subdesarrollados; bajo el capitalismo y bajo el comunismo; en los países nuevos y en los antiguos: se trata de un movimiento peculiar de nuestra época que ha adquirido ahora amplia importancia cuantitativa”.

Una de las dificultades para la definición de las áreas metropolitanas consiste en que frecuentemente una ciudad metropolitana no está constituida por una zona construida de un modo continuo que, por tal razón sería más fácilmente definible, sino por zonas discontinuas pero conectadas entre sí. Esto hace que el método usado por el censo estadounidense de 1951 para la definición de las “áreas metropolitanas normales” considere “un área que contenga una o más de una ciudad de 50,000 habitantes o más, con lo cual, cada una de estas áreas metropolitanas normales tiene como núcleo el condado o división administrativa que abarca a esa ciudad o a esas ciudades centrales”.

Frente a estos hechos, el autor hace observar que hasta ahora no se ha hecho ningún intento para proporcionar a la comunidad metropolitana un sistema de gobierno capaz de satisfacer efectivamente sus necesidades presentes y futuras por lo que se refiere a organización, servicios, finanzas, coordinación, planeación y vigilancia y dominio democrático, pues lo que sucede en realidad es que las modernas áreas metropolitanas se ven constreñidas dentro de estructuras demodadas que les impiden superar sus dificultades crecientes, las cuales no pueden superarse si no se realizan reformas drásticas.

Es por ello por lo que, no sólo en relación con el futuro, sino también para la comprensión de los problemas actuales de gobierno, administración, política y planeación, le parece a Robson que “debemos pensar en la comunidad metropolitana que vive, trabaja y juega en una área metropolitana amplia como una realidad social y económica básica, que es la gran ciudad de hoy, y no la parte estrechamente confinada de la misma que

puede vivir dentro de límites legales y administrativos anticuados, trazados en épocas previas”.

Pero, si en las obras de Robson puede encontrarse siempre en forma muy marcada la orientación fuertemente crítica, nada le es más ajeno que el escepticismo. Es él de quienes critican porque son optimistas; es de quienes critican porque aman las realidades que critican no por lo que son, sino por lo que pudieran ser. Es de quienes tratan de mostrar cuáles son los caminos al través de los cuales es posible superar un presente insatisfactorio, para lograr un futuro satisfactorio. Pues hay también críticos que al encontrar defectos en todo lo que se hace y no mostrar vías de solución, hacen que, al final de cuentas lo mejor se convierta en enemigo de lo bueno.

Tras recordar críticas como la de Mumford sobre las grandes ciudades de hoy, Robson afirma su convicción en la bondad potencial de las mismas. “La ciudad metropolitana ha desempeñado un gran papel en la historia de la humanidad. Puede continuar jugándolo en el futuro, si guiamos su destino bien y sabiamente. Me he referido en estas últimas páginas a algunas de las críticas severas que se han elevado en contra de las metrópolis. Pero, hay mucho que amar y admirar en la gran ciudad. Es el hogar de los más altos logros del hombre en el arte, la literatura y la ciencia; la fuente de la que han surgido las fuerzas de la libertad y la emancipación. Es el lugar en el que el espíritu del humanismo y de la democracia han florecido; en donde la búsqueda humana del conocimiento y la justicia se ha realizado de modo más constante y donde la verdad les ha sido revelada a quienes carecen de temor. Tengamos esto en mente y permanezcamos como amigos y amantes de la gran ciudad mediante cuanto podamos hacer para mejorar su gobierno, su política, su planeación, elevando con ello la calidad en la vida de sus ciudades.”

BECKER, Howard: *Man in Reciprocity*. Introductory Lectures on Culture, Society and Personality. Frederick A. Praeger. New York, 1956, 459 pp.

El autor cree —citando y modificando la última palabra a Peacock, autor de *Crotchet Castle*— que, “mucho de lo que puede ser bien dicho no puede ser sabiamente escrito”. Sin embargo, se atreve a publicar en forma de libro las clases que por espacio de una docena de años aproximadamente dio en la Universidad de Wisconsin, esperando, en su intento, que la precisión y vivacidad de la palabra hablada pueda (aunque sea parcialmente conservada) compensar en algo “la falta de dignidad académica con todo su ropaje”

Reseña las particularidades de su enseñanza en la citada Universidad y se reconoce como “un adicto a las citas” poéticas; inclinación que refuerza porque “numerosos estudiantes y radio-escuchas (ya que las clases en ocasiones son radiadas) han apreciado no solamente el énfasis humanístico sino también la ayuda para la comprensión sociológica que tales citas brindan”. Y como el movimiento se demuestra andando, termina el prefacio diciendo: “Sólo puedo esperar que el lector en perspectiva diga, con Lamb: la siguiente frase, también de Lamb: «Hay cosas en esa forma que yo no acepto como tales».”

Becker comienza por hacer el examen de la naturaleza de la sociología como estudio *del hombre en reciprocidad*. Conciso en su estilo, poco afecto a largas parrafadas entiende por *Cultura* todas las cosas que el hombre hace con sus manos o lengua; por *Sociedad* un colectivo de personas, quienes en interacción, constituyen un sistema social en movimiento, y por *Personalidad* todas las consecuencias de la cultura y sociedad, que cuando son absorbidas, pueden ser observadas si con-

forman especímenes particulares de nuestra especie *Homo Sapiens*.

Acepta Becker que las definiciones son suficientemente oscuras como para ser misteriosas, cosa que él buscaba por su especial sistema pedagógico. Así, el título principal, “el hombre en reciprocidad” lo deja sin definición esperando que cada estudiante fabrique una que pueda considerarse como logro personal, una vez concluido el curso. A toda prisa, rastrea la etimología de la palabra “sociología”, pospone su definición y empieza por hablar de sus fines: Ya que se encuentra uno interesado en la sociedad, deberemos esforzarnos por arribar a unas conclusiones más o menos científicas. Tener una meta científica significa desarrollar el conocimiento de tal manera que tenga valor predictivo. En este sentido, la “ciencia de la sociología” (*sic*) deberá tener una cierta utilidad, la cual no debe ser inmediata necesariamente. En esta conexión, revisa algunas acepciones de la palabra “social”, así como la diferencia entre trabajo social y sociología.

Parte de considerar que la sociología es “el análisis científico del hombre en reciprocidad” o más precisamente “el estudio orientado a la predictibilidad de las relaciones interpersonales y, “aún con más concisión”: el estudio de las relaciones interhumanas como tales; nada más, nada menos.

Esto no significa que la sociología sea una cierta enciclopedia de las ciencias sociales; lo que quiere decir es que uno puede observar cualquier clase de conducta humana desde una variedad de ópticas. “Consecuentemente, podemos asegurar que el campo, no solamente de la Sociología sino de cualquier ciencia social (y en ese caso, de cualquier ciencia) está determinado, en su aspecto general, por el enfoque y no por la materia-objeto, ya que ésta es derivación del método en cierta forma y sólo en cierta forma...” y no a la inversa.

Encuentra Becker que el historiador